

Esto nos conduce a valorar la relevancia de los escritos, puesto que, si bien la mayoría suponen un análisis provechoso de las ideas de Nietzsche, otros representan una desviación respecto a las ideas fundamentales. En ocasiones nos encontramos con disputas lingüísticas sobre si el término es el apropiado para amparar la riqueza de lo que quiere señalar, cuestión que al propio Nietzsche seguramente le traería sin cuidado. Aunque la precisión lingüística es muy importante, hay autores que caen demasiado en este empeño y se olvidan de trabajar la idea que el concepto quiere distinguir. Preguntándose durante demasiado tiempo si el término empleado es el correcto, algunos lectores que carezcan de un interés particular sobre esas materias se alejarán de la idea original y de su relevancia. Esto ocurre también con la argumentación, donde en la búsqueda de una claridad conceptual, se ofrece una perspectiva que poco o nada tiene que ver con la fuerza de las ideas. Sin embargo, como ya mencioné, esto no pasa con asiduidad, es más, solo dos o tres veces nos encontramos con este enrevesamiento en la argumentación. En la mayor parte del libro podemos observar cómo unos términos y conceptos que poseen infinitud de vertientes e interpretaciones se desvelan frente a un hilo conductor que embelesa e intriga, haciendo que el lector se sienta, no solo despierto y atento, sino ansioso por continuar la lectura.

Concluyendo, este libro merece sin duda ser considerado como un acercamiento a un pensador tan rico conceptualmente como es Nietzsche, pero no solo eso, sino que además nos permite observar qué ocurre cuando unos filósofos metódicos se enfrentan a conceptos tan hercúleos como lo es la voluntad de poder. Esto nos permite concluir con dos ideas claras. Por un lado, quienes vean en las contradicciones de Nietzsche un impedimento para aumentar el conocimiento filosófico, en el libro encontrarán varias razones para cambiar de opinión, puesto que no solo se nos muestra a Nietzsche como un pensador que revoluciona las ideas filosóficas, sino que nos permite hacer uso de sus grandes ideas si empleamos un fino tacto filosófico. Y, por otro lado, nos permite acercarnos a un filosofar sobre la vida que no deja indiferente a nadie, convirtiéndonos no solo en lectores, sino también en cómplices de una filosofía que pone en juego al lector y a la filosofía en sí misma.

Antonio Rovi Ruiz
Universidad de Málaga

MATAMORO, Blas, *Nietzsche y la música*. Madrid: Fórcola, 2015, 157 pp., ISBN 978-84-16247-49-3

De vez en cuando es interesante encontrarse con un pequeño libro como el que presentamos, de un escritor y crítico musical, que se adentra en el difícil universo de la filosofía de Nietzsche y nos deleita con un sinfín de modulaciones y pinceladas por las que sin duda el lector estará muy agradecido. No es un libro académico en el que abunden las citas y el aparato crítico que pueda servir para futuras investigaciones, sino más bien una «aventura» de alguien a quien Nietzsche le ha tocado y quiere rendirle un pequeño homenaje con esta contribución. Y para ello no ha podido elegir un tema tan central como la música en la filosofía radical de Nietzsche, para quien «sin la música la vida sería un error». La música constituye el «tono» fundamental de toda la obra de Nietzsche. Se refleja en el estilo, le acompaña en sus vicisitudes filosóficas, regula los juegos de lo apolíneo y lo dionisiaco, y como música alciónica y ligera cierra los últimos pensamientos de su vida consciente. Se puede decir en términos generales que Nietzsche ha pensado la filosofía, su fin, su naturaleza y su modo de ser como músico; y desde la elevación de la música al rango de paradigma del arte se puede apreciar mejor el espíritu de ruptura de Nietzsche con la modernidad artística. Los sonos melódicos de la flauta de Apolo se apagan ante la irrupción de la disonancia de la música de Dioniso, el dios de los submundos dominados por esa fuerza oscura que destruye toda forma

simétrica y equilibrada cargada de racionalidad. La música se convierte, en el pensamiento inicial de Nietzsche, en el principal vehículo de comprensión y articulación de la experiencia dionisiaca del mundo; pero al mismo tiempo, como Schopenhauer, Nietzsche recurre a la música para explicar el acceso al principio ontológico subyacente, puesto que «con el lenguaje —dice en *El nacimiento de la tragedia*— es imposible alcanzar de modo exhaustivo el simbolismo del mundo contenido en la música, porque simbólicamente está relacionado con la contradicción primaria y el dolor primario del corazón del Uno primordial, y de esta forma simboliza una esfera que es superior y anterior a toda apariencia». Sus obras son melodías inacabadas, un laberinto de sinfonías en las que hay que penetrar para poder captar «lo monstruoso» que esconde la esencia de la vida y de la existencia. Y es que, en realidad, la vida de Nietzsche no ha sido otra cosa que una permanente disposición a narrar el poder y la fuerza de lo oculto en el hombre y su naturaleza como su eterna justificación; pero para penetrar en el corazón del mundo nada mejor que la música. «Todo aquello que no se deja aprehender mediante las relaciones musicales —confesaba a su amigo Rohde— produce en mí náusea y hastío». No es exagerado, por tanto, llegar a afirmar que la concepción del arte en Nietzsche está mediatizada por su estética de la música, y que su concepción de la música se movió entre, por un lado, Schopenhauer y, por otro, su apreciación del *Tristán* y la teoría del drama musical wagneriano, sin olvidar tampoco a Beethoven y su idea de *sinfonía*, que se eleva como ideal.

El autor de una manera sintética y jovial nos lleva por los caminos que Nietzsche transitó y que de una u otra manera marcaron su pensamiento. Con acierto contextualiza la importancia de Wagner y la impronta que deja el drama musical en el filólogo que investigaba los orígenes de la tragedia. Son sugerentes las anotaciones que va realizando sobre esa tensión que iba paulatinamente generando lo que sería una ruptura en dos maneras distintas de comprender la revolución cultural que en un principio ambos propugnaban. Interesante es también el bosquejo que se nos ofrece sobre la música contemporánea y su influencia en el melófilo Nietzsche: clasicismo, romanticismo, la ópera italiana, Brahms, Offenbach, Bizet, etc. (116 ss.), sacando a la luz los clamorosos vacíos y desconocimientos. Dedicar también unas páginas a hacer una valoración sobre el controvertido oficio de Nietzsche como compositor. Los especialistas de la época lo suspendieron en su mediocridad, sin embargo nadie ponía en duda su capacidad para repentizar y su audacia en algunas de sus composiciones. Incluso hay algunos musicólogos que en sus composiciones ven una cierta genialidad en sus asonancias. El capítulo sobre «La música y la palabra» (95) es interesante porque detecta uno de los puntos de discusión clave entre Nietzsche y Wagner. Hubiera sido oportuno haber planteado el problema a la luz de las dos obras de Wagner, *Ópera y drama* y el *Beethoven* para poder dilucidar el cambio sustancial que se da en Wagner en lo que para Nietzsche era fundamental: que lo primero es la música y luego las palabras (poesía), la música nunca puede ser medio de expresión, siguiendo el magisterio de su maestro Schopenhauer. También dedica un capítulo a las mujeres que estuvieron cerca de Nietzsche, Lou, su hermana, Cósima, Malwida, etc., un aspecto importante en la vida de Nietzsche que se pone de relieve sobre todo en la correspondencia.

Hay algunas imprecisiones puntuales en el libro que no desmerecen su contenido: La *Inocencia del devenir* no es una obra de Nietzsche, sino el título de un grupo de fragmentos de sus escritos póstumos; la hermana de Nietzsche no murió en 1888 sino en 1935 (104), o que Zaratustra lo escribe en 1883, cuando las cuatro partes se escribieron entre 1883 y 1885; por otra parte *La gaya ciencia* fue escrita en 1882 y no en 1888 (36); o como cuando afirma que Nietzsche desdeñaba la palabra «gusto», cuando el filósofo lo considera como criterio del juicio estético y lo legitima, ya que para Nietzsche todos los problemas ligados a las prácticas humanas se resuelven siempre en una cuestión de gusto. Es posible que esas imprecisiones se deban a ese «veloz recorrido» del que habla el autor, al «solfear» una filosofía que no se resiste precisamente a cualquier forma de síntesis. No obstante todo

ello queda diluido en medio de un lenguaje vivo, sutil y musical que sin duda despertará en los lectores preguntas para seguir pensando.

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga

RODRIGUEZ GONZÁLEZ, Mariano (ed.), *Nietzsche y la transvaloración de la cultura*, Madrid: Arena Libros, 2015, 195 pp., ISBN 978-84-15757-14-6

Este libro colectivo editado por Mariano Rodríguez es el resultado de las investigaciones que lleva a cabo el *Seminario Nietzsche Complutense*, desarrollando una actividad encomiable cuya finalidad es no solo fomentar la labor investigadora, entre los estudiosos y estudiantes universitarios, sino divulgar la filosofía de Nietzsche y promover el interés por el autor. Y todo ello en el contexto de los interrogantes que plantea nuestra cultura y sociedad actuales y los retos a los que estamos sometidos, y que exigen de nuestra parte la búsqueda de orientaciones que sean sólidas para poder afrontar el mundo complejo actual. Así pues, tomando como eje central la crítica de Nietzsche de la moral se abordan diferentes temas centrales de su pensamiento como la voluntad de poder y el eterno retorno, pero todo ello bajo la perspectiva de la *transvaloración de los valores*.

El primer trabajo, de Víctor Berríos, «1888: Año Uno. El proyecto de la *Transvaloración de todos los valores*», plantea un tema de gran interés para poder interpretar los escritos de Nietzsche a la luz de su autocrítica. Para ello ha escogido los cinco prólogos de 1886 y *Ecce homo* como «autopresentaciones» tanto de sí mismo como de su obra ya escrita. Con ello trata también de demostrar la siempre polémica unidad de la filosofía de Nietzsche, rechazando cualquier corte en la evolución de su filosofía. Otra de las tesis que mantiene es que *Ecce homo* es el libro central de la transvaloración y no *El Anticristo*. Por su parte, Sergio Antoranz, con su estudio «El cuerpo como laboratorio de la moral», busca una metodología capaz de interpretar el imperio de la moral desde la clave fisiológica del cuerpo, de manera que se pueda ofrecer otro tipo de discurso sobre la constitución de los juicios morales. Analiza los elementos preparatorios a la transvaloración nietzscheana en el contexto sobre todo de las obras del periodo intermedio, *Aurora* y *La gaya ciencia*, en las que encuentra un nuevo modo de desarrollar y enfocar el problema de la transvaloración desde una perspectiva crítica y creadora. Tomando como hilo conductor «el cuerpo», algo determinante a la hora de comprender el sentido de la transvaloración de los valores, tratará de aclarar lo que se ha denominado el «inmoralismo» nietzscheano, en el que el resultado de una acción no puede contemplarse «sin los cadáveres pulsionales que ha dejado atrás». En definitiva, la moral que propone Nietzsche es conseguir que cada individuo alcance la máxima actualización de su fuerza, teniendo en cuenta que solo la afección que estimula el arte puede posibilitarlo. La aportación de Óscar Quejido «Crítica, genealogía y transvaloración», trata de enmarcar el proyecto de la transvaloración en el tema más general de la voluntad de poder, dentro de una «ontología relacional» en la que la voluntad quiere lo otro de sí misma. El alquimista Nietzsche se propone transformar en oro todo lo que hasta el momento se ha negado que tenga valor: impulsos, instintos, pasiones y afectos. En dos partes analiza los fundamentos para una transvaloración de todos los valores, mediante una descripción de la filosofía crítica de Nietzsche en relación a la genealogía y la transvaloración. La segunda parte trata de aquellos elementos para una transvaloración de todos los valores, centrándose en las herramientas conceptuales que permiten articular la transvaloración como un cambio en nuestra manera de sentir. Pero ante todo no hay que olvidar que lo que se tiene que afirmar en definitiva es el criterio del valor para la vida como criterio supremo, porque sin él sería imposible discernir entre formas posibles de valoración. Mariano Rodríguez nos presenta una «lectura» de la transvaloración, «Los buenos siempre mienten»,